

El Señor
Arcediano

Don Pablo Anda.

LIGEROS APUNTES PU-
BLICADOS CON OCASION
DEL PRIMER ANIVERSA-
RIO DE SU FALLECIMIEN-
TO OCURRIDO EN 29 DE
JUNIO DE 1904. * * *



LEON.-1905.

"TIPOGRAFIA GUADALUPANA"
DE CAMILO SEGURA.

X4705

A5

4

j.2

1046

046

BX4705

.A5

S4

Ej.2

001046

046



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080016603

EL SR. ARCEDIANO D. PABLO ANDA.

LIGEROS APUNTES PUBLICADOS CON OCASION
DEL PRIMER ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO
OCURRIDO EN 29 DE JUNIO DE 1904. 7



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez



LEÓN.

"TIPOGRAFIA GUADALUPANA" DE DON LO SEGURO.

1905.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

038680

BX4705

.DS

S9

Con permiso de la Autoridad Eclesiástica.

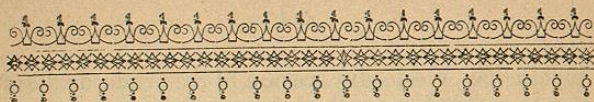


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Sr. Arcediano Lic. D. Pablo Anda.

001046



SU VIDA.

Nació el Sr. Anda en jurisdicción de S. Juan de los Lagos (Jalisco) el 5 de julio de 1830. En la población de S. Juan pasó los primeros años de su vida, y á la edad de 15 años se vino con su familia á establecer en León. Allí hizo sus estudios en el Colegio que tenían los PP. Paulinos; y ya casi terminando su carrera se clausuró aquel Colegio. Pasó entonces á S. Luis Potosí de donde era Obispo el Ilmo. Sr. Barajas. Allí encontró á un tío suyo que desempeñaba el cargo de Srio. de Cámara y Gobierno en aquel Obispado. Recibió las primeras órdenes el día 3 de mayo de 1856, y fué hecho sacerdote el 15 de agosto del mismo año. Celebró su primera Misa en esta ciudad el día 12 del mes siguiente regresando á S. Luis, en donde después de haber desempeñado algunos cargos que se le confiaron en el Seminario de aquella Diócesis, fué nombrado Cura de Ahualulco de Pinos. Poco tiempo tuvo aquel empleo pues fué llamado de nuevo á la Capital de la Diócesis á desempeñar el oficio de Capellán de Coro y Secretario de Cabildo. Los años que pasó en S. Luis fueron precisamente aquellos en que tuvieron mayor efervescencia las revueltas intestinas de nuestra patria. S. Luis fué uno de los lugares principales que sirvieron de teatro á la

revolución, y esto dió ocasión al Sr. Anda de desplegar su caridad, pues llegó á pasar á los mismos campos de batalla para auxiliar á los moribundos que sobrevivían á las sangrientas guerras que allí se verificaron. Se llegó á captar las simpatías de los mismos liberales porque estos veían que su caridad no era solo para los conservadores sino también para los del partido opuesto cuando se presentaba la ocasión de poder prestarles algún servicio en las derrotas que llegaban allí á tener. Por el año de 1864 vino de nuevo á León y aquí fué donde ejerció su ministerio por mayor tiempo. Fué nombrado desde luego Capellán de Coro en la Catedral con el cargo de Maestro de Ceremonias. Por el año de 1879 ascendió á Prebendado, y llegó por último á ser investido con la dignidad de Arcediano. Tres años antes de morir fué acometido de una grave enfermedad que le impidió seguir asistiendo al Coro de la Catedral, y entonces se redujo á trabajar en la dirección de las obras que tenía emprendidas y á ocuparse en su ministerio en cuanto su salud se lo permitía. Por fin un dolor que le sobrevino el día 28 de junio de 1904 le postró en cama y sin fuerzas ya para resistirlo por lo avanzado de su edad y sus anteriores achaques de salud, falleció tranquilamente el día 29 de junio á las cuatro de la mañana.

OBRAS MATERIALES.

El Sr. Anda supo siempre desplegar grande actividad como lo demuestran las obras que llevó á cabo en medio de mil obstáculos y contrariedades.

Sabemos que en S. Luis fundó una escuela de artes y reparó una Iglesia. Apenas había llegado á León cuando se dedicó á reedificar la Capilla de S. Francisco de Paula que se halla en el Barrio de Arriba, á la que también proveyó de ornamentos y de una hermosa estatua del santo. Fué aquello como el ensayo de otra obra mayor que meditaba, pues en mayo de 1870 comenzó la fábrica del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en el cerro de la Soledad, situado al poniente y á las orillas de la ciudad. Ningunos recursos tenía para llevar á cabo esta obra, mas mediante la confianza en Dios y no omitiendo ninguna clase de esfuerzos, pudo erogar los crecidos gastos de esa fábrica que nunca interrumpió hasta ver terminada la obra. Sorprende en verdad á quien conoce la amplitud y hermosura del templo, uno de los mejores de la ciudad, que un hombre solo sin más recursos en lo humano que la energía poderosa de su voluntad, haya podido levantar ese templo, teniendo para ello aun que preparar y disponer el terreno, pues hubo de rebajar el cerro hasta que diese la suficiente planicie para levantar los muros. Dejó provista á esta Iglesia de vasos sagrados, ornamentos y lo demas necesario para el culto, y no como se quiera, sino amueblándola preciosamente y proveyéndola de vestiduras sagradas y ornamentos valiosos y de gusto, siendo esto y la hermosura del templo lo que hace que las personas que visitan en frecuentes excursiones nuestra ciudad, ocurren á conocer este templo como uno de los principales edificios de León.

A la vez que este templo comenzó á levantar el Sr. Anda la casa contigua de ejercicios en donde cada año se dieron tandas de ejercicios ya por el mismo Sr.

Anda, ya por el Párroco del Sagrario, ya en fin por iniciativa de algunas asociaciones piadosas.

Residía el Sr. Anda en una pequeña casa que construyó junto á la de ejercicios. Cuando pensó en fundar un hospital aumentó las piezas de esa casa y la dejó para que sirviera á este piadoso objeto, yéndose él á ocupar unas piezas que construyó cerca del Santuario. Más tarde y al lado de su habitación levantó un amplio edificio que destinó para Colegio de niñas servido por piadosas señoras que se asociaron á sus obras de celo.

En 1888, cuando León fué inundado, multitud de familias pobres que habían perdido su hogar, fueron á albergarse debajo de los nopales y arbustos de la cima del cerro. El Sr. Anda se ocupó en alimentarlos así á ellos como á los que tenía alojados en la casa de ejercicios, y viendo que no tenían hogar en donde recogerse, consiguió la cesión de una parte del terreno de la planicie de la montaña, lo dividió en lotes y lo repartió á los pobres, construyéndoles á algunos sus casas y ayudando á otros para que las levantasen. Proveyó á artesanos de herramientas y fundó un taller de rebocería. Así se fundó la colonia de Guadalupe que abraza no pequeña parte de terreno y tiene como 1.000 habitantes. Con estas obras el Sr. Anda hizo bien inmenso á la ciudad. La población no llegaba hasta el cerro de Guadalupe antes de edificarse el Santuario. Hoy la calle que sirve de vía para llegar al templo está perfectamente formada de casas construídas á uno y otro lado.

Lo inmediato del cerro al centro de la ciudad había que el local se prestara para juegos, riñas y otras fechorías; esto tuvo que ir desapareciendo con los edificios que allí se levantaron y después con la colonia que allí se fundó. Si el Sr. Anda hubiera contado

para sus obras con amplios recursos, sería aun elogiabile su caridad, pero cuando, como es sabido, no tenía más recursos que las industrias de su celo, hay que confesar que aquel hombre es aun más digno de alabanza, porque gastó en todo esto las energías de su vida, y se entregó todo entero á la realización de los proyectos atrevidos, si cabe así decirlo, de su caridad.

Casas de Misericordia.—Ejercicios Espirituales.—

Conferencias.—Hijas de Maria.—Hospitales.—

Escuelas.—Inundación.—Asilo de S. Vicente.

Fundó el Sr. Anda en S. Luis Potosí una casa llamada de misericordia en donde asilaba huérfanos. Nada podemos decir mas por carecer de datos que por lo demás fácil sería recoger de testigos oculares que ya en aquel tiempo vivían en S. Luis. Sabemos también generalmente que trabajó en los hospitales de aquella ciudad, ya en el civil ya en otro que se estableció con motivo de asistir á los heridos al final de una batalla verificada en aquella población. Cuando regresó á León, se ocupó desde luego en establecer otra casa de misericordia en donde albergaba ancianos y huérfanos. Existen todavía algunas de las personas que fueron favorecidas en aquel asilo.

Tan luego como hubo algunas piezas en la casa de ejercicios que construyó, se ocupó el Sr. Anda en dar

tandas de ejercicios. Estos trabajos eran para él de grande fatiga porque casi él solo asumía todo el trabajo. El predicaba, dirigía los rezos y leía; él servía la mesa y confesaba á la mayor parte de los ejercitantes. Eran muy edificantes estos ejercicios: en el día de pasión se hacían prácticas públicas de penitencias: los ejercitantes llevaban cruces sobre las espaldas y coronas de espinas en la cabeza: esto lo hacían durante un ejercicio especial de ese día, estimulados por el ejemplo del Sr. Anda quien cargaba sobre sus espaldas una gran cruz. Era piadosamente conmovedor ver á algunas Sras. de las principales de nuestra sociedad con hilos de sangre en la cara á consecuencia de las punciones de las espinas.

Hubo algunas veces durante los ejercicios convenciones ruidosas de personas muy conocidas quienes se esforzaban por reparar con demostraciones de dolor y penitencia exterior sus extravíos pasados. De una de esas personas recordamos que obligó á los ejercitantes á que pasaran sobre él á la entrada al refectorio, y para ello tendió su cuerpo en el umbral de la puerta. Cuatro tandas de ejercicios dirigía al año; y hubo época en que también daba dos retiros de tres días, uno para niños y otro para niñas: hoy son ya hombres y Señoras formadas quienes en su niñez asistieron á aquellos retiros. En varias épocas daba también retiros mensuales, de un día en la misma casa de ejercicios. Por último, por encargo de la S. Mitra, dirigió varias veces los ejercicios del Clero de la Diócesis.

Uno de los medios de que se valió el Sr. Anda para ejercer su caridad fueron las conferencias de S. Vicente de Paul. Así lo hizo tanto en S. Luis Potosí como en esta ciudad. No nos detendremos en esto pues sabida es la manera con que las conferencias

ejercen su benéfica acción en los pobres. Si dirémos que el Sr. Anda ya en sus últimos días, cargado con el peso de los años, y con la voz apenas perceptible que le habían dejado sus enfermedades, asistía á las asambleas de una conferencia, porque si su cuerpo se había cansado, su alma se hallaba con los bríos de siempre para el trabajo. Era gracioso oírlo expresar, como algunas veces lo hacía, sus alientos y esperanzas: decía en cierta ocasión á una piadosa señora: *tal vez quiera Dios volverme mi voz, y pueda dar de nuevo ejercicios espirituales.* Los que le oímos no pudimos menos que admirar el celo de aquella alma que lamentaba no poder hacer servir á aquel organismo agotado más que por la edad, por las rudas tareas á que por tanto tiempo lo sujetó.—La antevíspera de morir llamó á una señora miembro de una Conferencia y le encargó que no dejara de visitar y socorrer á un pobre de quien sabía que estaba muy necesitado. Esta Señora se esforzó por cumplir este último encargo del Director de las Conferencias.

Desde que fueron expulsadas las Hermanas de la caridad quedó con el cargo de las Hijas de María. En ese campo tenía almas á quienes por excelente disposición de ellas cultivaba con mayor esmero. Muchas de esas personas alentadas á mayor perfección abandonaron familia y patria para ir á buscar casas de retiro donde pudieran satisfacer sus deseos de alcanzar la perfección evangélica.

Pensó el Sr. Anda que los enfermos podrían ser mejor auxiliados temporal y espiritualmente en un hospital. Mucho bien hacían ya las Conferencias, mas con la ayuda del hospital lo harían mayor. En el hospital los enfermos recibirían más oportunamente las medicinas, tendrían la clase de alimentos que

el médico prescribiera, y sobre todo se atendería mejor á la salud de sus almas. Sin elementos pecuniarios, como en todo lo que emprendía, estableció el hospital llevando para que lo sirvieran á varias Señoras piadosas que á ello se prestaron de buena voluntad. En este hospital en que se asisten por término medio de quince á veinticinco enfermos se ha hecho mucho bien, especialmente en orden á la salud de las almas. La gracia de Dios ante todo, la solicitud de las enfermeras, su paciencia y caridad manifestada de mil modos, han hecho que enfermos de vida tormentosa y que se resistían á volver á Dios, hayan por fin rendídose á recibir los Santos Sacramentos, muriendo de una manera edificante. Muchos hechos de que hemos sido testigos presenciales podríamos referir, pero esto demandaría narración más extensa. Recordamos de un enfermo dado por muchos años á la embriaguez. Llegó á vencerse á tal grado que urgido por el médico y las enfermeras á que tomase una copa de vino, se resistió enérgicamente, y á las nuevas instancias que se le hicieron, alargó la mano, tomó la copa y la derramó por el suelo: pocas horas después murió. Como este hospital fundó otro el Sr. Anda en Encarnación de Díaz.

Estableció además una escuela para niñas comenzando por levantar el edificio inmediato á la casa en que habitaba. Valióse para el servicio de esta casa de virtuosas señoras que de él habían aprendido á ejercer la caridad: así fundó otras escuelas en la Unión de S. Antonio, en S. Francisco del Rincón, en Romita y la Encarnación.

En la inundación de la ciudad, acaecida en 1888, el Sr. Anda tuvo amplio campo para su celo. Albergó en la casa de ejercicios centenares de familias que habían quedado sin hogar, y á todas ellas estuvo

alimentando hasta que lograron establecerse y pudieron ver por sí mismas. Como ya dijimos consiguió la cesión de un terreno de regulares dimensiones sobre la cima del cerro de Guadalupe, que dividió en lotes para familias inundadas. Allí construyó ó ayudó á construir hogares para los que en aquella catástrofe quedaron sin casa. Proveyó de herramientas á algunos de ellos, y aun estableció un taller de rebocería donde pudieran trabajar los artesanos de este oficio. En la mañana que amaneció inundada la ciudad se vió al Sr. Anda con una canasta llevada del brazo solicitando comestibles para los pobres que tenía asilados en la casa de ejercicios.

Tenía el Sr. Anda un asilo para huérfanas: había allí como sesenta asiladas: á todas ellas sostenía, y eran estas pobres huérfanas el objeto predilecto de su caridad. Tenía singular placer en llevarles él mismo las piezas de ropa que había ido á comprarles en el mercado: y cuando ya no pudo asistir al coro de la catedral por sus enfermedades, mandó traer su *magna* capa coral y ordenó que se hicieran de ella piezas de vestido para las huérfanas.

Conocemos una señora que en su niñez fué asilada en dicha casa de huérfanos. Ella nos ha referido que solía el Sr. Anda llegar al asilo que entonces se hallaba retirado del centro de la ciudad, llevando debajo de su capa vestidos para las niñas. El asilo fué fundado por el Sr. Anda desde el año de 1865.

FISONOMIA MORAL.

Nada descubre mejor el caracter ó fisonomía moral de una persona como aquellos pequeños actos que

ella hace casi sin darse cuenta obrando casi inconscientemente, diríamos, y solo al impulso de su natural inclinación. Vamos á buscar estas pequeñeces en el Sr. Anda para conocer mejor su carácter.

El Sr. Anda tenía un corazón que no podía menos que apiadarse de las miserias de otros. Esto lo demuestran las obras que llevó á cabo y en las que pasó toda su vida. Pero lo más digno de notarse es que al dar el consuelo á quien lo había menester, al dar la limosna al pobre, al socorrer cualquiera necesidad, lo hacía de tal modo que se transparentaba en él la conmiseración de su corazón. Recibir la limosna, el auxilio, cualquiera que este sea, de un corazón indiferente, frio, es poca cosa: recibirlo de un corazón que sienta los males del indigente es cosa que á la vez que alivia la miseria temporal, alienta y sana el alma del que la padece. Esto hacía el Sr. Anda á cada paso. Muchas anécdotas podríamos referir en confirmación de esto, mas los límites dentro de los cuales nos hemos colocado, no nos permite narrar sino algunos de ellos.

Había salido de esta ciudad en busca de otra temperatura que favoreciera á su salud ya muy quebrantada. Muy pocos días tenía de haber salido cuando ya se preocupaba por regresar. Se le manifestó que su salud exigía que permaneciera por más tiempo en el lugar en que se hallaba; pero él urgía asegurando tener negocios pendientes aquí en León.—Los diarios del asilo y del hospital quedaron arreglados, le replicaban.—Nó, respondía, hay familias pobres á quienes doy un semanario, ¿que hacen sin él?—Se escribirá diciendo que se les dé.—Urgido de esta suerte dijo por fin la causa de querer volverse.—Son personas que fueron acomodadas las que

así socorro: ¿porqué las he de sujetar á la vergüenza de recibir la limosna de otra mano que no sea la mía?

Tenía singular placer en dar limosna: algunas veces las personas que le hacían compañía le decían que no diera tal ó cual objeto, como piezas de ropa ó algun otro que era de estimación y estaba destinado para su uso. No replicaba: pero llegada la vez daba cita á los pobres en las afueras de la ventana de su aposento que daba á la calle y por allí les entregaba piezas de su vestido, sobrecamas ó lo que podía.

Para satisfacer al deseo de otras personas aunque fuera en cosas de poca importancia sabía sacrificarse hasta con perjuicio de su salud. Solía pasar algunos días en el campo: si las personas que lo acompañaban mostraban deseo de volverse á la ciudad, no replicaba: si por el contrario le indicaban que querían permanecer más tiempo del convenido, se presentaba á ello buenamente, gozando con que los demás estuvieran contentos.

Esta condescendencia no era flaqueza de ánimo; el Sr. Anda poseía poderosa energía que sabía desplegar cuando era menester. Un escritor le amenazaba en cierta ocasión con publicar artículos que había recibido y que lo difamarían, si no le entregaba cierta suma de dinero. El Sr. Anda le contestó que no tenía el dinero, que podía publicar tales artículos: y agregó que si algunos defectos sabían de él, se podía estar seguro de que no eran todos; que él sabía otros más.

Supo llevar tal moderación y decencia en sus numerosas relaciones, y revestirse de tal gravedad en su conducta con las personas á quienes favorecía ó con las que le ayudaban en sus empresas, que jamás lengua alguna se atrevió á mancillar su honor: pretextó

tos para ello hubo sobrados. Referirémos este solo. Llegó una pobre madre llorando porque su hija acababa de abandonarla para ir á entregarse á las casas de perdición. El Sr. Anda se fué á la casa de inspección donde se encontraba la joven y en un coche la condujo á su casa, y la tuvo allí varios días hasta que desapareció el peligro y pudo sin riesgo devolvérsela á su madre.

Hemos oído referir que durante algun tiempo, antes de salir á decir misa, solía azotarse las espaldas, encerrándose para ello en la capilla de la casa de ejercicios. Antes de estar concluído el Santuario el Sr. Anda fué á vivir en una de las piezas ya terminadas de la casa de ejercicios. Una piadosa señora nos refiere que lo encontró una vez barriendo su aposento, y á la vez que en una mano llevaba la escoba, en la otra pasaba las cuentas del rosario que entre tanto rezaba. Se complacía en estar en aquella soledad. Mandó pintar sobre los muros piadosas inscripciones de su agrado. Recordamos de una de ellas tomada de las sagradas Letras, que decía: *¿Qué haré y qué responderé cuando el Señor me interrogue sobre mi conducta?*

Cuando llevó á la pequeña casa á que nos referimos á algunas personas de su familia que lo acompañasen, les dejó las pocas piezas que tenía la casa: él no tenía aposento particular: por la noche le tendían en la sala común de la casa un colchón y allí dormía: hacía que la persona que lo acompañaba le leyera algo de las meditaciones del P. La Puente y en esa lectura lo cogía el sueño.

Lo que distinguió al Sr. Anda, como se deja ver, era una bondad de corazón que lo inclinaba siempre á aliviar las miserias de otros. Pero es muy de notar que esta bondad revestía un caracter particular que no siempre se encuentra en los corazones bue-

nos. El Sr. Anda no desfallecía, no se desalentaba ante las ingraticudes y decepciones con que tropezaba. Había quienes á sus beneficios oponían el proceder más ingrato, y sin embargo el Sr. Anda no por esto dejaba de hacerles bien dada la ocasión. Parecía insensible y no lo era. Callaba, es verdad, pero lo que algunas veces se le oía decir en frases entreveladas manifestaba muy claro que lastimaba su corazón la ingratitud con que era correspondido. No pocas veces veía desconcertados sus planes por varias incidencias, mas no era esto bastante para hacerlo desistir. Sentía la amargura de las decepciones pero, debido al esfuerzo que se hacía, seguía siendo siempre el mismo que antes había sido. Jamás desconfiaba de la enmienda de otros, y á ejemplo de Jesucristo, siempre se mostró accesible al pecador; siempre fué para con él bondadoso é indulgente; y para justificar su proceder, solía decir: *¿no fué así como obró Jesucristo?*

Siempre estuvo dispuesto á oír confesiones. Sabemos que en S. Luis Potosí, por algún tiempo, decía la Santa Misa hasta después de terminado el coro á fin de aprovechar la mañana en oír confesiones. Aun durante sus últimos días, muy debilitado ya y lleno de achaques en su salud se prestaba buenamente á este trabajo. Hubo persona (ella misma nos lo refirió) que apenada por verlo en el estado de salud tan quebrantada en que se hallaba, le dijo que no volvería ya á molestarlo con que oyera sus confesiones:—cuando ya no pueda, le contestó, yo seré el primero en decírselo: por ahora venga cuantas veces quiera.

Habíamos olvidado decir que en León fundó también una escuela de artes en el año de 1876. De ella podemos decir, porque la conocimos, que estaba

bien montada. La casa que ocupaba era amplia y los talleres en ella establecidos eran zapatería, rebojería, obrajería, herrería, platería, escultura, sastrería, imprenta y academia de música. El fin que movió al Sr. Anda á establecer esta escuela fué no solo formar á los jóvenes en el trabajo, sino también buscar la manera de que nuestros artesanos hallaren medio de vender sus obras á mejor precio. Por eso decíamos que no había miseria en los pobres que al Sr. Anda no conmoviese y la cual no tratara de aliviar.

De S. Julián, también arcediano en la Iglesia de Toledo, dice la Iglesia en las lecciones historiales de su fiesta que fué verdaderamente padre de los pobres porque con dinero y otros oficios de piedad aliviaba las miserias de los necesitados, de las viudas y de los huérfanos. *Vere pater páuperum fuit: quippe qui egéntium, viduárum et pupillórum inópiam pecúnia et álíis pietatis officiis sublevávit.* (*) Otro tanto hizo el Sr. Anda, y por esto podemos llamarlo *padre de los pobres*.

A vuela pluma hemos escrito estos rasgos con la conciencia de que dejamos mil cosas en el olvido, mas nos falta el tiempo necesario para extendernos como quisieramos.

MUERTE Y FUNERALES.

El 28 de junio de 1904, apenas había acabado de celebrar la Santa Misa el Sr. Anda, cuando fué sobrecogido por un intenso dolor que por los síntomas que manifestó, era producido por cálculos. Ya el

(*) Brev. Rom. 28 jun. in offic. pro aliquibus locis.

Sr. Anda había padecido estos dolores en épocas anteriores. Los recursos de la medicina no dieron resultado. Dios tenía ya dispuesto llevárselo. Pasó todo ese día sin alivio ninguno. Por la noche le fué administrado el sagrado viático y la santa unción.

No pudiendo ya hablar sino con gran dificultad, el Sr. Anda tenía para los que á él se acercaban sonrisas impregnadas de una bondad indescriptible. El mismo que había sido en vida era al llegarse la muerte: bondadoso, indulgente, dispuesto á complacer á todos. Después de media noche entró en agonía, y falleció á las cuatro de la mañana del 29 de junio. Su muerte fué tranquila y sosegada; era una luz que se apagaba; un viajero que trastumbaba tranquilamente los montes escabrosos de esta vida para entrar en los valles sin límites de la eternidad.

Fué expuesto el cadaver en la capilla de la casa de ejercicios. Desde al amanecer comenzó á ocurrir multitud de personas ansiosas de verlo por la última vez. La calle del Santurio fué inundada positivamente de gente, y seis gendarmes á la entrada de la capilla no eran bastantes para hacer guardar el orden. *No han quedado flores en León* decía una persona al ver el sin número de rosas que traían personas de la población para adornar el ataúd: aquellas flores desaparecían sin embargo, porque todos á porfía querían llevarlas como recuerdo. Constantemente estaban tocando rosarios á su cadaver, y esto fué por todo el día 29, parte de la noche de ese día y en la mañana del 30. Cuando el cadaver fué encerrado en la caja, á ésta se tocaban los rosarios, y una vez ya cerrada la gabeta había personas que como podían se llegaban entre la muchedumbre y tocaban rosarios á la caja por la abertura de pocos centímetros que aun quedaba por cerrarse. El gentío fué inmenso.

Los que acompañaban el cadaver ocupaban como dos cuadras, y á más de esta muchedumbre, el panteón se vió invadido de gente desde las seis de la mañana, de suerte que cuando el cadaver llegó poco antes del mediodía el panteón estaba lleno de toda clase de personas. Arriba de las gabetas se subieron los que no pudieron tener cabida, y esto á pesar de lo ingrato de la hora por el calor del sol.

Los funerales se verificaron en el Santuario de Guadalupe. El Ilmo. Sr. Obispo celebró de Pontifical y asistió el M. I. y V. Cabildo. Inútil es decir que la concurrencia no cupo en el templo sin embargo de tener bastante amplitud.

Muchas personas acudieron después pidiendo algún recuerdo del Sr. Anda. Aun de fuera de la ciudad escribieron con el mismo objeto. En el día del entierro se vendieron en la ciudad muchas fotografías del finado y vistas tomadas de la comitiva del entierro y llegada al panteón. Todas estas demostraciones espontáneas muestran el universal aprecio que se tenía del Sr. Anda por los beneficios que hizo á la población con el ejercicio de sus virtudes. Hemos dicho bien, con el ejercicio de sus virtudes; y sea esto una nueva prueba de que la virtud no esteriliza ni amengua las energías del alma, antes bien las desarrolla y fortalece, y las hace más activas en bien de nuestros semejantes.



BX4705

.A5

S4

Ej.2

38680

FEVT

AUTOR

TITULO

El señor arcediano Don Pablo

Anda.

FECHA DE
VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR



P
S
E
O